

Cholula, para presentarse á una señal convenida; que se habian formado barricadas en muchas calles, y que en otras habia fosos ligeramente encubiertos para que se hundiesen los caballos; que ademas habian subido una gran cantidad de piedras y otros proyectiles á lo alto de las casas y de los templos, para arrojarlos contra los españoles y dejarlos aplastados.

Cortés, viendo el peligro que corria, se apresuró á tomar sus disposiciones para desconcertar la trama. Hizo venir primero á la muger india que habia hablado con Marina y á tres de los principales sacerdotes, y habiéndolos encerrado, les hizo confesar á fuerza de amenazas la matanza que estaba dispuesta por los cholulanos. Juzgó entonces que era indispensable dar un gran golpe para aterrar á Motezuma y sus parciales, y mandó que sus soldados y los cempoales que los acompañaban formasen en batalla en el gran patio del alojamiento, y avisó á los tlascaltecas acampados fuera de puertas, que invadiesen la ciudad al primer tiro que oyesen. Los principales caudillos de Cholula fueron aterrorizados con varios pretestos al cuartel español, y arrestados en él: en seguida Cortés mandó que saliesen las tropas para empezar el ataque.

Entonces los españoles y los cempoales se precipitaron en las calles, mientras que los tlascaltecas entraban en la ciudad. Bien pronto el suelo quedó cubierto de cadáveres, porque los habitantes, sin gefes, se dejaban matar sin resistencia. Verdad es que los mejicanos, saliendo de su emboscada, acudieron á socorrerlos, pero fueron derrotados y buscaron su refugio en las torres y en el templo principal. Cortés anunció que se perdonaria la vida á los que se rindiesen; pero solo un mejicano bajó de las torres, los demas prefirieron la muerte al oprobio del vencimiento. Cortés, dejándose arrebatado de la cólera en el calor del combate, deshonró su victoria con un acto de crueldad, mandando pegar fuego al templo, donde muchos infelices perecieron entre las llamas.

Durante dos dias los irritados españoles hicieron que corriese la sangre en la ciudad de Cholula entregada al saqueo. El cansancio de los soldados puso fin á la matanza, y Cortés vengado dió libertad á los magistrados prisioneros, y echándoles en cara su perfidia y el haber sido causa de las desgracias de la ciudad, les mandó que hiciesen venir á todos los habitantes que habian huido, puesto que él les concedía una amnistia general. Era tal la impresion de supersticioso temor producida por las sangrientas escenas con que habian señalado su venganza los españoles, que todos los cholulanos fugitivos volvieron á la ciudad, que en breve se vió llena de un pueblo sumiso y obediente.

Pero el mismo hombre que habia autorizado unos excesos que tanta sangre costaron á los infelices cholulanos, se propuso ser el mediador de una sincera reconciliacion entre dos pueblos animados entonces contra otro de los mas hostiles sentimientos. Cortés hizo que tlascaltecas y cholulanos se jurasen con todas las ceremonias que aseguran la inviolabilidad de los juramentos una amistad, que uniéndolos entre sí, le proporcionaba el auxilio de dos aliados tan poderosos. Esta reconciliacion fué á la vez un acto de humanidad y de previsora política.

Continuó entonces su marcha á Méjico, oyendo al paso en todas partes las quejas de los indios contra el despotismo de Motezuma. Los gobernadores no deseaban otra cosa mas que libertarse de él. Entre los caciques que recibieron á los españoles como unos liberta-

dores, el de Tezcuco, una de las ciudades mas considerables del imperio, manifestó á Cortés el odio mas violento al emperador. Pero, ¿qué hacia este monarca señalado en todas partes como un tirano, al ver que un enemigo formidable llegaba á la capital?

La conducta de Motezuma revelaba la indecision, síntoma de miedo y debilidad: tan pronto enviaba mensajeros á Cortés para invitarle á entrar en Méjico, tan pronto le enviaba á decir que se detuviese; pero el general español avanzaba siempre: cruzando las montañas de Chalco, llegó á Tezcuco y de allí á Iztapalapa. Al bajar de las montañas de Chalco, quedaron los españoles agradablemente sorprendidos á vista de un delicioso paisaje.

A su frente se extendia un inmenso y delicioso pais, donde se divisaba un lago semejante á un mar, y en medio de este lago ciudades y villas que parecian salir del seno de las aguas. Entre las ciudades era fácil reconocer á la capital, notable por sus muchos templos. Detuviéronse los españoles á vista de tal espectáculo, cuya magnificencia escitaba su sorpresa y admiracion, creyéndose trasportados al pais de las encantadoras. Olvidaron entonces los males que habian sufrido, para no acordarse mas que de la recompensa reservada á su constancia y valor; ya llegaban al término de sus afanes y se distribuian con la imaginacion los tesoros que encerraba la brillante capital; ya podia Cortés imponerles nuevos sacrificios y nuevas penalidades, porque prontos estaban á seguirle á todas partes. Asi el general, viendo el universal ardor y el entusiasmo que animaban á su ejército, trató de aprovecharse de ellos, avanzando lleno de confianza por una de las calzadas del lago hácia el palacio del emperador.

De repente se vieron salir de la ciudad como unos mil mejicanos que traian mantos de tela de algodón y penachos en la cabeza. Salian á recibir al ejército español, por lo que al acercarse saludaron al general con respeto y le anunciaron la próxima llegada del mismo emperador. Poco despues se descubrió la vanguardia de su brillante comitiva, formada por 200 hombres de la servidumbre del emperador, los que traian tambien mantos blancos y penachos; pero caminaban descalzos, de dos en dos y guardando un profundo silencio.

Asi que llegaron al frente del ejército español hicieron alto y se formaron á los lados de la calzada, para que llegase hasta los extranjeros otra comitiva de servidores de Motezuma, vestidos con mayor magnificencia. En el centro de esta comitiva descollaba el monarca sentado en una silla de oro llevada en andas por cuatro señores principales de su imperio. Otros dependientes sostenian sobre la cabeza del monarca un dosel de tela entretejida de plata, sobre la que ondeaban plumas verdes.

Precedian á esta comitiva ocho magistrados, llevando en la mano unos bastones de oro que levantaban de rato en rato con solemne gravedad. Cada vez que los magistrados levantaban sus bastones, el pueblo se prosternaba, tapándose la cara con las manos, como si se juzgase indigno de levantar los ojos hácia su soberano. Cuando esta tropa llegó junto á los españoles, Cortés se apeó del caballo y se adelantó respetuosamente hácia Motezuma. En el mismo instante el emperador se levantó de su silla, y bajando de las andas se adelantó lentamente hácia Cortés por encima de unas alfombras que los de su comitiva iban ten-



diendo, para que no tocase con los pies en el suelo.

Cortés saludó al monarca á la usanza europea, y Motezuma contestó al saludo besando su propia mano, con la que habia tocado la tierra; signo, como ya se ha dicho, del mayor respeto entre aquellas gentes. Por esta causa los mejicanos quedaron altamente sorprendidos de ver á un monarca tan orgulloso, que ni aun á los ídolos honraba mas que con una inclinacion de cabeza, rendir tal homenaje á los estrangeros. Ya no dudaron de que eran unas divinidades, y el nombre de *teules*, que en lengua mejicana significa *dioses*, era repetido con frecuencia por los numerosos espectadores de esta escena.

Despues de los primeros cumplidos, Cortés se quitó una cadena de piedras falsas que llevaba sobre la armadura, y se la echo al cuello á Motezuma, que pareció quedar muy satisfecho del regalo. Mandó que trajesen al instante la alhaja mas preciosa de su tesoro, que consistia en un collar de conchas muy raras, de cuyas puntas pendian cuatro cangrejos de oro. El mismo echó este collar al cuello de Cortés, lo que redobló la sorpresa de los mejicanos.

El emperador era de mediana estatura y mas bien delgado que grueso; tenia aire de magestad y viveza en sus miradas; su piel era menos tostada que la de los demas mejicanos, y tendria como unos 40 años. Traia un largo manto de fina tela de algodón, cubierto de joyas de oro, perlas y piedras preciosas. La corona de oro que llevaba en la cabeza era parecida á una mitra, y su calzado se componia de placas de oro macizo, sujetas con hebillas del mismo metal.

Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad, que no se llamaba entonces Méjico, sino Tenuchitlan.

Un palacio, que por sus altas murallas y sus puertas, parecia desde lejos una fortaleza, fué el alojamiento adonde el mismo Motezuma condujo á los españoles. Segun su costumbre, Cortés colocó en todas las avenidas centinelas y cañones, recomendando á sus oficiales y soldados que observasen la mas exacta disciplina, y estuviesen alerta para evitar toda sorpresa, porque desconfiaba, no sin fundamento, de la hospitalidad mejicana.

Aquella misma noche fué Cortés visitado por el emperador, que traia un magnifico acompañamiento. Despues de las ordinarias atenciones de cortesía, el monarca y Cortés tomaron asiento familiarmente uno á el lado del otro, mientras que la comitiva de Motezuma y los españoles estaban de pie junto á la pared. Entonces el emperador dirigió á Cortés un discurso que fué en el acto traducido por Marina y en el que fueron muy notables estas palabras: «Unos te habrán dicho que yo provengo de la estirpe de los dioses, y otros que soy un tirano orgulloso y sanguinario; ambas cosas son mentira.» En seguida distribuyó algunos regalos á los españoles que estaban presentes, y dando por terminada la visita, se volvió á su palacio.

El dia siguiente le pagó Cortés la visita, presentándose en la residencia imperial acompañado de sus principales oficiales. Esta vez la conversacion duró mas tiempo y giró sobre los usos y costumbres de los europeos. Cortés satisfizo á las repetidas preguntas del emperador; pero haciendo que recayese el coloquio sobre punto de religion, y mostrándose horrorizado de los sacrificios humanos, así como de la costumbre establecida en Méjico de comerse los prisioneros de guerra. Al fin consiguió que Motezuma le prometiese desterrar de su mesa la carne humana.

Conforme ya se ha dicho, la nacion mejicana consideraba los sacrificios humanos como el homenaje mas grato á sus ídolos. Muchas veces la guerra que se hacia á los pueblos vecinos no tenia mas objeto que el de procurarse prisioneros para sacrificarlos en los altares de los dioses y comérselos despues. Solian á veces sacrificarse 1,000 victimas en un mismo dia; algunos historiadores hacen subir este número á 23,000 (1). Si durante una larga paz faltaban prisioneros que degollar, los sacerdotes representaban al emperador que los dioses tenian hambre, y entonces el monarca mandaba publicar en todos sus dominios que los dioses querian tener un buen banquete, que era lo mismo que declarar una guerra general á todos los pueblos vecinos.

Quando suficiente número de prisioneros habia caído en poder de los mejicanos, eran conducidas las victimas al atrio del templo. Poco despues llegaba un sacrificador revestido con una túnica blanca, llevando en sus manos un idolillo, hecho con harina de cebada y miel, el que tenia los ojos verdes y los dientes amarillos. Subiéndose sobre una piedra que le permitia asomarse por encima de la pared, presentaba aquella horrible figura á cada uno de los prisioneros, gritándole: «¡He aquí á tu dios!» Bajándose en seguida marchaba á la cabeza de los prisioneros hácia el sitio en que los esperaban los otros sacrificadores. El director de estas execrables ceremonias se llamaba el *topilcin*; su vestido muy largo estaba guarnecido con pedazos de tela encarnada, llevaba en la cabeza una corona de plumas verdes y amarillas, y le colgaban de las orejas y del labio inferior unos arillos de oro, en que habia engastadas piedras verdes. Su rostro era negro como el azabache, y tenia en la mano un cuchillo formado con un pedernal ancho y punzante. Le asistian otros cinco sacerdotes, cada uno con sus funciones particulares, y se inmolaban los prisioneros sobre una ancha losa.

Apartemos la vista de este horrible cuadro de una bárbara supersticion, y veamos cómo Cortés va á salir de la posicion peligrosa en que le ha colocado su audaz empresa, pues no tardó en conocer que tanto él como su ejército se hallaban en cierto modo á merced de un pueblo numeroso y de un príncipe cuyo afecto le parecia poco sincero.

Los avisos que le daban los tlascaltecas, sus exhortaciones incansables para que desconfiase de Motezuma habian, en fin, hecho conocer al general español los peligros de su posicion. Bastaba en efecto cortar los puentes de las calzadas para dejarle enteramente separado de tierra, y en este caso ¿cómo hubiera podido resistir á los ataques de un pueblo entero, que hubiera concluido por aniquilar aquel puñado de estrangeros á pesar de su valor? Un suceso lamentable acaecido en Vera-Cruz aumentó todavía mas la inquietud de Cortés. Supo que despues de su partida un general americano llamado Qualpopoca habia acometido á los pueblos que bajo la proteccion de los españoles habian sacudido el yugo de Motezuma; que Escalante, gobernador de Vera-Cruz, habia querido socorrer á sus aliados, y que habia quedado herido de muerte en

(1) Este número deberá entenderse en un año, y aun en este período de tiempo el cálculo es excesivo. Nuestro grave historiador Solís, que mas bien peca de exagerado en sus narraciones, no hace subir el número de victimas mas que á 20,000.



una batalla contra Qualpopoca; que siete españoles habian perecido, y que otro, hecho prisionero, habia sido muerto por los mejicanos. Cortés supo además que la cabeza de este soldado habia sido llevada en triunfo por las diferentes ciudades del imperio, para probar que los españoles no eran inmortales, y que después este sangriento trofeo habia sido enviado á Méjico.

Otros datos no le dejaron duda de las intenciones hostiles de los mejicanos: algunos fieles tlascaltecas le informaron de que los principales ministros del emperador hacia algun tiempo que tenian conferencias secretas, en las que se tramaba una conspiracion contra los españoles. Cortés tomó una resolucion atrevida, decisiva, que comunicó á sus oficiales, insistiendo en la necesidad de su pronta ejecucion. Se trataba nada menos que de apoderarse de la persona de Motezuma:

resignó á seguir á Cortés, anunciándole que estaba pronto á ir al cuartel de los españoles.

Cortés procuró hacer mas llevadero el cautiverio del monarca, permitiendo á sus principales funcionarios que viniesen á visitarle; no obstante, bajo pretexto de evitar confusion, no permitia que se reuniese gran número de visitas en el aposento de Motezuma. En cuanto á éste, continuó manifestándose alegre, para engañar á sus vasallos y no dejarles sospechar el oprobio de su situacion. Fiel á este sistema de disimulo, manifestaba el mayor cariño á los españoles, sin embargo de que realmente eran sus carceleros.

Durante estos sucesos, Qualpopoca, su hijo y cinco de sus capitanes llegaron á Méjico en virtud de la orden dada por Motezuma. Este, que persistia en sostener que habia obrado contra sus instrucciones, los abandonó á la justicia de los españoles. Formóseles un



Cortés en la prision de Motezuma.

en una palabra, llevársele preso, como una prenda que garantizaba la seguridad del ejército español y de su gefe.

Cortés se valió tan pronto de buenas razones como de amenazas para determinar al emperador á que pasase al cuartel de los españoles. El emperador se mantenía inflexible, hasta que el jóven oficial español, Velazquez de Leon, exclamó con gesto amenazador: «¿Para qué son tantos miramientos? Apoderémonos de ese hombre á la fuerza, ó matémosle si se atreve á resistir.» Motezuma preguntó al intérprete qué significaban aquellas palabras tan coléricamente pronunciadas, y Marina al explicárselas tuvo cuidado de insinuarle que era perdido, si no se sometía inmediatamente á la voluntad de Cortés. Entonces aquel príncipe, que al principio habia manifestado alguna energia, cayó en un profundo abatimiento. Temblando por su vida se

consejo de guerra, ante el cual aquellos infelices prestaron las mas explicitas declaraciones, y en consecuencia fueron sentenciados á ser quemados vivos. Hasta entonces habian tomado sobre sí la responsabilidad de su conducta, esforzándose por disculpar á su soberano; pero su valerosa lealtad se desmintió á vista del suplicio, declarando antes de morir que habian obedecido á las órdenes de Motezuma. Apenas hicieron esta confesion mandó Cortés que los llevasen al sitio en que habia de cumplirse la sentencia, y acompañado de algunos oficiales y un soldado que llevaba unos grillos, se presentó en la habitacion de Motezuma. «Los culpables, le dijo, han declarado al fin que habeis sido la causa del crimen cometido por orden vuestra: la justicia exige que seais castigado como ellos.» Apenas dijo estas palabras, salió sin esperar respuesta, haciendo seña al soldado de que pudiese los



grillos á Motezuma. No opuso éste resistencia á la humillacion vergonzosa que le hacian sufrir, lo que por otra parte de poco le hubiera servido; antes figurándose que tambien iban á conducirlo al suplicio, se abandonó á una violenta desesperacion.

Cuando los sentenciados exhalaban el último suspiro, Cortés volvió á presentarse á Motezuma y le dijo: «Ahora ya queda satisfecha la justicia, y la muerte de los cómplices ha espiado vuestro crimen.» En seguida mandó que le quitasen los grillos, lo que hizo pasar á Motezuma desde la desesperacion á la mas viva alegría, dando las gracias y abrazando á Cortés como á su libertador.

El poder de los españoles parecia suficientemente asegurado en Méjico; pero el prudente Cortés se consideraba como encerrado en una isla, y discurría sin cesar el medio de abrirse paso para salir de la capital, aun en el caso en que los mejicanos llegasen á romper

cierto día le envió á llamar, y Cortés, que no ignoraba las secretas entrevistas de su prisionero con los sacerdotes y los principales de la nacion, tomó las precauciones que autorizaba su justa desconfianza, presentándose á Motezuma con doce de sus mas valientes compañeros. El aire sombrío que advirtió en el semblante del monarca le confirmó en sus sospechas; pero mayor fué su asombro cuando Motezuma, cogiéndole de la mano, le dijo con voz casi amenazadora: «Que esperaba dispudiese cuanto antes su partida, supuesto que ya habia desempeñado la comision que su monarca le habia confiado.» Era la primera vez que el emperador se espresaba con tanta firmeza y resolucion.

Cortés se volvió al instante hácia uno de los oficiales que le acompañaban y le dió secretamente la orden de poner la tropa sobre las armas; despues sin manifestar la menor turbacion, respondió á Motezuma que deseaba vivamente el volver á su patria; pero



Sumision de Narvaz.

los diques y calzadas. Asi en sus coloquios con Motezuma, le hablaba con frecuencia de la construccion extraordinaria de los navios europeos, á ver si escitaba su curiosidad y manifestaba deseos de contemplar tan maravillosas embarcaciones. Habiendo al fin Motezuma manifestado este deseo, Cortés le prometió procurarle esta satisfaccion, y por orden del emperador se enviaron suficientes indios de carga á Veracruz para trasportar hasta Méjico los restos que aun se conservaban de los navios españoles. Otros obreros fueron á cortar en los vecinos bosques las maderas necesarias y en poco tiempo quedaron construidos dos bergantines, en los que algunas veces salia á paseo el monarca enagenado de gozo. El general español se aprovechaba de estos paseos para estudiar la situacion del lago y de todas sus cercanías.

Conforme ya se ha visto, Motezuma se habia manifestado muy dócil á las exigencias de Cortés; pero

*Viage ilustrado.*

que tenia necesidad para ejecutarlo de construir algunos navios que sustituyesen á los que habian sido destruidos; que por lo tanto suplicaba al monarca diese órdenes para que los españoles fuesen ayudados en este trabajo largo y difícil.

Motezuma al escuchar estas palabras hizo tales demostraciones de alegría, que no dejaron duda ninguna á Cortés de cuáles eran las disposiciones del monarca y de su pueblo: el emperador saltó al cuello del general, abrazándole una y mas veces, y asegurándole que los mejicanos y sus dioses quedarian igualmente satisfechos de aquella declaracion, porque pedian con la misma impaciencia la salida de los estrangeros. Cortés conoció cuánta astucia era menester para salir de aquel compromiso y evitar todos los peligros que le amenazaban: continuó disimulando sus verdaderas intenciones, y despues de haber dado públicamente y en voz alta la orden de construir los na-



víos, encargó á los carpinteros españoles que trabajasen con excesiva lentitud para dar tiempo que llegasen los refuerzos que esperaba de España.

Ocurrió por entonces el acontecimiento que mejor puso á prueba la intrepidez de Cortés, y que estuvo á pique de arruinar su prosperidad. Cierta dia Motezuma le avisó que tenia una noticia muy importante que comunicarle, y cuando el general español se presentó á saberla, desarrolló una tela de algodón, en la que estaban pintadas á la manera de los mejicanos 18 embarcaciones europeas. El correo que habia traído aquel cuadro al emperador declaraba que todas aquellas embarcaciones estaban ancladas en la costa.

Esta noticia colmó de alegría á Cortés, figurándose que en aquellos navíos venian los refuerzos que aguardaba, y que al mismo tiempo le traerian el nombramiento en debida forma de gobernador de todos los paises que habia descubierto; pero una carta de Sandoval, gobernador de Veracruz, dispó todas sus ilusiones. Por ella supo que la referida escuadra habia sido equipada por Velazquez, el que habia mandado á Narvaez (1), gefe de la expedición, que hiciese prisioneros á Cortés y todos sus partidarios, y los llevase á Cuba para que fuesen juzgados.

La posicion de Cortés se agravaba de dia en dia, complicándose con nuevas dificultades y nuevos peligros. Si se decidia á marchar en contra de un ejército europeo dos veces mas fuerte que el suyo, le era preciso abandonar á Méjico, y abandonándole perdía el fruto de tantos trabajos y tantos esfuerzos. Por otra parte ¿qué esperanza podria tener de la victoria combatiendo con un enemigo que le igualaba en valor y destreza militar, y cuyos adalides no estaban quebrantados con tan prolongadas marchas y tan continuos combates como los de Cortés? Pero si esperaba en Méjico á Narvaez, se esponia á tener dos enemigos con quien combatir, porque los mejicanos no hubieran desperdiciado una ocasion tan favorable á sus deseos y á sus proyectos de venganza. ¿Deberia desarmar la cólera de Velazquez con una sumision voluntaria, y entregar su cabeza á los jueces de Cuba, harto dispuestos á sacrificar un rival á la envidia y rencor del gobernador?

Pero las mas desconsoladoras noticias se sucedian y se multiplicaban, anunciándole á cada instante reveses. Supo que un cierto número de sus soldados habia seguido las banderas de Narvaez, y al mismo tiempo este hacia publicar que Cortés y sus partidarios, traidores á su soberano, habian sin orden suya declarado la guerra á los mejicanos, para sujetarlos, y que él, Narvaez, venia á castigar este delito, por lo que era preciso que Motezuma le ayudase al justo castigo de los facinerosos que habian invadido sus estados.

Cortés, viendo que no habia mas remedio que apelar á las armas, se preparó á una lucha desesperada. Dejó á su teniente Alvarado con 80 hombres en Méjico, encargándole se condujese con la mayor prudencia con los mejicanos y tuviese el mas profundo respeto á Motezuma, que prometió seguir en el alojamiento de los españoles hasta el regreso de Cortés. Toma-

das estas disposiciones salió este de Méjico, marchando con su pequeña tropa al encuentro del orgulloso Narvaez.

Cortés habia mandado á Sandoval, gobernador de Veracruz, que viniese á reunirse con los pocos españoles que mandaba. Confió este la custodia de la colonia á los indios sus aliados, y salió al encuentro de su general, reuniéndose con él á 12 millas de Cempoala donde estaba Narvaez. Las tropas reunidas de Sandoval y de Cortés no formaban mas que un batallón de 250 hombres, y sin embargo, el animoso Cortés no persistió menos en atacar á un enemigo que le era tan superior en número.

Hizo una nueva tentativa para amansar el intratable genio de Narvaez, porque estremecido con la idea de una guerra civil, queria que toda la odiosidad de ella recayese en el teniente de Velazquez; pero este contestó á los mensajes de Cortés con injurias y amenazas. Lejos de intimidarse por la jactancia de su adversario, Cortés avanzó hasta Cempoala, y cuando solo distaba una milla, Narvaez salió de la poblacion para dar la batalla. Una abundante lluvia que cayó en aquel dia y la posicion ventajosa que habia tomado Cortés al otro lado de un arroyo impidieron á Narvaez el que le atacase. Ya se quejaban las tropas de este último de las fatigas que habian sufrido á las órdenes de un general que no era muy de su agrado, y al anochechar tuvo que entrarse en la poblacion.

Entonces Cortés concibió un atrevido proyecto, cual fué el aprovecharse de la oscuridad de una noche lluviosa y sorprender al enemigo que no deberia estar vigilante. Resuenan de improviso los terribles gritos de guerra que lanzan Cortés y sus intrépidos soldados. Narvaez conoce entonces aunque tarde su error, y en el momento en que trata de abrirse paso con espada en mano, cae sin conocimiento herido de un lanzazo que le echó un ojo fuera.

Una circunstancia singular facilitó la sumision de las tropas de Narvaez. Habian descubierto en la oscuridad de la noche el brillo de una inmensa cantidad de lucecillas, que se les figuraron las mechas encendidas de un cuerpo de arcabuzeros que venia en el ejército de Cortés, porque en aquella época todavía no se usaban las piedras de chispa en las armas de fuego, sino unas mechas; pero las luces vistas por los soldados de Narvaez eran producidas por los gusanos de luz, que en América son mayores que los insectos de esta clase que se encuentran en Europa.

Cortés se manifestó despues de la victoria humano y aun generoso, porque no solo trató á los prisioneros con el mayor afecto, sino que les hizo algunos regalos, dejándoles en libertad de alistarse en sus banderas ó volver á Cuba: casi todos eligieron el primer partido. De esta manera el afortunado general vió reforzado su ejército con 800 soldados. En cuanto á Narvaez, apenas volvió en sí y se vió cargado de cadenas y en poder de un enemigo, al que habia tratado con tan insolente desprecio, estuvo á pique de morir de dolor y de vergüenza. Cortés quiso verle; pero respetando su infortunio con un acto de delicadeza, entró sin darse á conocer en el aposento en que Narvaez estaba acostado. La actitud respetuosa de los soldados hizo que Narvaez conociese quién era, y volviéndose á Cortés le dijo: «Señor capitán, bien podeis estar contento por la dicha que habeis tenido en hacerme prisionero.» El terco orgullo de Narvaez merecia una severa respuesta. «Buen hombre, le contestó

(1) Pánfilo de Narvaez, natural de Valladolid, hombre ambicioso y de altivo carácter. Pasó con 30 hombres desde la Jamaica á Cuba, y ayudó á Diego Velazquez en la pacificación de esta isla. Despues fué gran privado del gobernador, que le confió la escuadra.



Cortés, todo lo que Dios hace está bien hecho; sin embargo, os juro que mi victoria y vuestra prision son en mi concepto hechos de bien poca importancia para que pueda envanecerme por ellos.» Despues de haberle dado esta justa leccion, Cortés mandó que fuese conducido á Veracruz, donde debía quedar arrestado. Apenas gozaba Cortés algunos instantes de reposo en el teatro de su triunfo, cuando recibió la funesta noticia de la rebelion de los habitantes de Méjico contra los españoles que habia dejado en esta ciudad. Alvarado, que se sostenia con dificultad, pedia pronto socorro, y el mismo Motezuma enviaba uno de sus correos suplicando á Cortés que volviese cuanto antes á la capital, donde dominaba la insurreccion victoriosa.

No habia un momento que perder, por lo que Cortés se dirigió con su ejército á la capital, pasando por Tlascala. Los tlascaltecas, sus ardientes partidarios, pusieron todas sus tropas á su disposición; pero no llevó consigo mas que 2,000 hombres.

Se temia que le costaria trabajo el entrar; pero encontró los puentes en el mismo estado que los dejó á su salida. Entró, pues, en Méjico con su ejército, disponiendo de fuerzas considerables y con el doble prestigio de la victoria y el poder hubiera facilmente triunfado de la insurreccion, si hubiera sabido portarse con aquella moderacion que exigia una previsora política; pero la prosperidad le habia deslumbrado, y se creyó que ya no le eran indispensables la sagacidad y la prudencia. Se manifestó violento y altivo, alcanzando sus desprecios al mismo Motezuma. Se imaginó que comprimiria facilmente la rebelion con la fuerza, y la primera providencia que tomó fué enviar á Ordaz, uno de sus mejores oficiales, á la cabeza de 400 hombres escogidos entre españoles y tlascaltecas, para indagar el estado de la poblacion é informarse de si disponia nuevos ataques. Ordaz salió con su destacamento; pero apenas se hubo internado en una calle, cuando le salió al encuentro una tropa de mejicanos armados. Marchó hácia ellos para coger algunos prisioneros á quienes se pudiese preguntar; pero los mejicanos se replegaron al instante. Esta era una astucia suya para atraer á los españoles á una emboscada, y Ordaz, que se empeñó en perseguirlos, se vió de repente envuelto y atacado por los muchos mejicanos que le esperaban. Al mismo tiempo le arrojaban desde lo alto de las casas coronadas de gente piedras, flechas y venablos. Ordaz no se apuró en tan crítica situacion, formó el cuadro con su gente, colocando en sus lados á los que tenian lanzas, y en el centro á los que tenian arcabuces, para que disparasen contra los enemigos que estaban en los terrados y ventanas, mientras que los otros rechazaban á los acometedores con sus lanzas. Dió entonces la orden y el ejemplo de romper por donde mas compactas se presentaban las masas de los mejicanos. Tan vigoroso ataque les obligó á retirarse, y Ordaz pudo llegar al alojamiento, no habiendo perdido mas que un soldado español y ocho tlascaltecas; pero quedando herido, así como casi todos sus soldados.

Al dia siguiente el enemigo dió un nuevo asalto, y aunque rechazado esta vez con una pérdida enorme, no por eso dejó de renovar sus tentativas contra el fuerte en los siguientes dias.

En uno de estos encarnizados ataques de los mejicanos, Motezuma quiso evitar la efusion de sangre, presentándose á su pueblo con todos los atributos de

*Viage ilustrado.*

su poder, con toda la pompa ante la que se humillaba con respeto la servil obediencia de sus vasallos, y creyendo que su voz conservaba aun su antiguo ascendiente para con ellos.

Se reviste apresuradamente con su manto imperial, se pone la diadema en la cabeza, y realizando mas todavía el esplendor de su trage con un adorno guarnecido de piedras preciosas que no se usaba mas que en los dias de gran ceremonia, sale de su habitacion acompañado de los principales mejicanos que entonces se hallaban en su compañía. Uno de ellos, subiendo á lo alto de la muralla, anuncia al pueblo sorprendido la llegada de su emperador, que desea saber el motivo de sus quejas, y ofrece á sus vasallos su paternal mediacion entre ellos y los estrangeros, que tambien son huéspedes suyos.

Al solo nombre de Motezuma los mejicanos cesaron de combatir, y el silencio sucedió á los alaridos con que atronaban los aires. Entonces el monarca subió á la muralla, y á su vista el pueblo, penetrado de respeto á su soberano, permaneció silencioso é inmóvil. El emperador buscó con la vista entre la multitud á los que tenian mas influencia sobre ella, los llamó por su nombre, y dirigió un discurso al pueblo que tan resuelto se mostraba, tan fiel á su soberano, y que con tanto valor lidiaba por su libertad.

Cuando acabó de hablar, el silencio duró todavía por algunos minutos; despues empezó un ruido sordo causado por violentos murmullos, y que aumentándose sucesivamente terminó en voces sediciosas y vehementes escitaciones á la rebelion.

Motezuma, queriendo responder, hizo seña con la mana para imponer silencio, pero no quisieron escucharle. Los gritos se aumentaban; por último, muchas piedras y flechas fueron arrojadas contra el monarca. Los dos soldados que Cortés habia puesto á su lado quisieron ampararle con sus escudos, pero ya era tarde: le habian alcanzado algunas flechas, y ademas vino á darle en la cabeza una piedra lanzada con tal furia y violencia, que le hizo caer sin conocimiento al pie de los españoles.

El general español mandó que trasportasen al instante á su habitacion al desgraciado príncipe que no daba señales de vida, dando sus órdenes para que le prodigaran todos los cuidados que reclamaba su desesperada situacion, y despues acudió á vengarle; pero ya no era tiempo. Apenas los mejicanos vieron caer á su emperador, cuando sorprendidos y aterrados se dispersaron á la vez, como si temiesen que el rayo viniese á castigar su delito cayendo sobre sus cabezas.

Entretanto el infeliz monarca habia recobrado el uso de sus sentidos; pero en un estado que inspiraba compasion. Se enfurecia al recordar de qué modo tan infame le habian tratado sus mismos vasallos. Espiró maldiciéndolos, y hasta su último suspiro se negó á las instancias de los españoles para que abrazase la religion cristiana.

Los mejicanos eligieron por sucesor de Motezuma á su hermano, llamado Quetzlavaca, el que hasta entonces habia sido cacique de Iztapalapa. El primer acto del nuevo emperador fué la continuacion de las hostilidades contra los españoles, y su estreno militar una empresa que les hizo correr mucho peligro. Colocó sus mejores campeones sobre los terrados y sobre la plataforma del templo principal, adonde hizo llevar piedras y maderos para arrojarlos al patio principal.